



Boletín Parroquial de Acción Católica



No olvides que el enemigo está armado hasta los dientes... Sería temerario obstinarse en ignorar su maléfico poder.

Estudia, formate, lee buenos libros y hazte una vasta cultura que te permita poner, como San Pablo la ciencia junto al corazón del Reino de Cristo

SUPLEMENTO A LA «HOJA DIOCESANA»

Año IV

Granollers, Octubre de 1944

Número 28

Inimicos crucis Christi

Enemigos de la cruz de Cristo, volvería a llamar San Pedro a tantos cristianos que no ven en la religión sino una forma de «snobismo», un conjunto de prácticas exteriores recibidas por tradición, que hay que cumplir periódicamente con respeto, pero que no exijan la enmienda de la vida, ni la lucha contra las pasiones, y la introducción, en las costumbres, del espíritu del Evangelio. «Este pueblo parece que me honra, podría decir el Señor: Sí, me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí.»

Nada puedo, ¡oh Jesús mío! sin tu gracia. Por ningún título merezco esta gracia tuya. Pero sé que mis súplicas no te fatigan, antes determinan la medida de tu socorro y reflejan la sed que tengo de estar contigo, la desconfianza en mí y la confianza ilimitada, hasta loca en tu Corazón. Como la Cananea, me arrodillo a tus pies, ¡oh Bondad infinita! Con su insistencia, toda esperanza y humildad, te pido no unas migajas, sino la verdadera participación en el festín del que has dicho: «Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre.»

(Chautard)

Editorial

Pío XII ha hablado nuevamente en el quinto aniversario de la guerra, para renovar sus deseos de paz y para orientar al mundo hacia un porvenir, fruto de una paz duradera y estable.

Volviendo, junto con la humanidad, los ojos «al nuevo camino de lágrimas y de sangre afanosamente recorrido en este quinquenio de la Historia» el Papa siente la necesidad de adoptar remedios «más eficaces para que tragedia tan descomunal no vuelva a repetirse».

En el momento en que el cruadrante de la Historia marca una hora grave, decisiva para toda la Humanidad, cree Pío XII, que un nuevo mundo surge de las ruinas del antiguo que «yace en pedazos». Ahora bien «¿Quiénes serán los arquitectos que tirarán las líneas esenciales del nuevo edificio? ¿Quiénes los pensadores que le imprimirán el sello definitivo?». Ante tal inquietud y expectación, el Sumo Pontífice presenta la grandeza de la Civilización cristiana que «lejos de servir de sombra y de perjuicio para las formas peculiares y variadísimas de la vida civil... se injerta en ellas y da vida nueva a los principios éticos más elevados.»

Punto básico para el porvenir del mundo en la mente de Pío XII, es la cuestión social: de manera que «todos los verdaderos discípulos de Jesucristo deben tener hambre y sed del avance hacia aquella doctrina social cristiana».

Siguiendo a León XIII en la encíclica «Rerum Novarum» y a Pío XI, en la «Cuadragésimo Anno» establece primero: «para todo recto orden económico y social debe ponerse como fundamento inconcuso el derecho a la propiedad privada» que es «de manera especial fruto natural del trabajo»; y, segundo, «que este derecho no es ilimitado y guarda subordinación al bien común».

El Papa, como Obispo de Roma y Primado de Italia, se abstrae por unos momentos del mundo entero y concreta su oración a las necesidades del pueblo italiano, en el que «la lucha contra la miseria contra el hambre... ha llegado en muchas regiones a una extensión que reclama, sobre todo a la vista del próximo invierno, un remedio rápido y eficaz». Este está: en la ayuda que los demás pueblos deben prestarle, puesto que «ningún pueblo desalentado bajo el peso de las desgracias físicas y morales puede realizarse por sí solo con sus fuerzas propias de su postración», pero ningún pueblo, justamente celoso de su honor, se adaptaría a la esperanza de su resurgimiento venido solamente de los otros, sin la simultánea intervención del esfuerzo de su propia voluntad y sus propias energías».

Para la rápida curación y para el porvenir del mundo concluye Pío XII, son indispensables «un fuerte sentimiento de solidaridad internacional» y una «institución universal de paz» que corresponda a la alteza del fin que es el mantenimiento de la tranquilidad y seguridad del mundo a beneficio de todos». El alma de una paz digna no puede ser otra que «la justicia hija de la verdad y madre de la libertad sana y grandeza segura.»